

bia, dice nuestro docto Caufino, el ver à una pobre muger cargada de hijos, gemir debaxo del grave peso de una casa que trae sobre sí, afanar, y secarse como la planta sin jugo, y sin humor, y sustentarse con hiel, y con lágrimas, mientras el marido defleal está gastando en los excesos de la gula, y del juego la hacienda que Dios le dió para sustento de su familia. Oh, Dios justiciero! y qué de veces vemos esto! Oh, ingrato, y bárbaro, que por contentar tu apetito pones à los pies los Mandamientos de Dios, y el respeto debido al Matrimonio! Ese dinero, que tu cruel mano desperdicia con tanta prodigalidad en los juegos, y en las amigas, es la sangre de tu pobre muger; à quien debias amar como à tí mismo: es la vida de tus pobres, è infelices hijos, que debian ser la mitad de tu corazón. ¿Quieres saber lo que de tí siente S. Pablo? Pues dice, que eres peor que un bárbaro: *Si quis suorum, & maximè domesticorum curam non habet, fidem negavit, & infideli deterior.* (1. ad Timot. 5. v. 8.) Quien de su casa no cuida, quien à los suyos no sustenta, qué importa que parezca Christiano en las palabras, si niega la fé con las obras, y es peor en las obras que un Moro, y que un Turco?

Pero mientras el marido honrado, como el Sol diligente por lo de fuera, se fatiga à buscar, à acudir, à adquirir para el sustento; yá por lo mas interior de la casa ha de ser la Luna la que le alivie sus fatigas, la que gobierne sus influxos, la que maneje con discrecion el caudal de su calor, y de sus luces. No es cosa rara, que yá en la Medicina, yá en la Agricultura, yá en la Nautica, apenas se dá paso que no sea observando à la Luna: si se han de dar las purgas, las bebidas, los medicamentos, se observa la Luna; si se han de sembrar las semillas, podar las vides, cortar las maderas, se mira primero à la Luna: si se han de entregar à la inconstancia de los mares las velas, à la Luna se atiende. ¿No es el Sol el padre de los vivientes, el dueño de los influxos, de quien penden, como de su origen, los tiempos? Sí, pero la Luna es la muger de casa, la que tenemos mas inmediata siempre; es por cuya mano ha de pasar todo el gobierno, ella lo dispone, ella lo muda, ella lo alterna, y por eso está pendiente de su atención toda la familia. Para eso, pues, puso Dios al lado de Adán à Eva: *Adjutorium simile sibi.* (Genes. 2.) no solo para compañera, que le estorvára la soledad, sino para ayuda, que minorandole la fatiga, le suavizára el trabajo. Ese es el cargo de la muger, en que ha de emplear sus cuidados todos, y toda su atención, dice San Pablo: *Mulieris domus curam habentes, custodes domus.* (Ad Tit. cap. 2. v. 5.) Leyó el Gregorio, son guardas de la casa, de modo, que no teniendo, ni mas esplendor, ni mas hermosura, que en quanto miran, y reciben la luz de su Sol, luego hácia la casa, y la familia han de emplear su caudal todo, y su solitud: *Qui possidet mulierem bonam incubat possessionem,* (Eccl. 36. v. 26.) dice el Espíritu Santo. El principio, la basa, el fundamento de adquirir caudal

un marido para sustento de su casa, y de su familia, es una buena muger. Una muger, que ha de estar encerrada, y metida en casa, que no ha de salir con él à sus negocios, que no ha de andar por las calles, y plazas, que nada entiende de compras, ni ventas: ese es el principio de que él adquiera caudal? *Incubat possessionem.* Sí, prosigue el mismo Espíritu Santo: *Adjutorium secundum illum est, & columna, & requies.* Porque esa muger es la ayuda mejor que él puede tener, es à medida de todo quanto él necesita, es la columna que lo sustenta, y es el descanso que lo alivia.

¿Pero en qué está el ser esa muger tan buena, que de ella pende para el marido, y para la casa toda la felicidad? Lo primero en el gobierno virtuoso, discreto, prudente de su familia, en la reparticion de ocupaciones, y de tiempos, de modo que no habiendo nadie ocioso, desterrados los vicios, se dé lugar à las acciones de virtud, y que miran al servicio de Dios. Si en esto pone una madre de familias su atención, eso es darle todo el ser à su casa, dice el Sábio mayor de los hombres Salomón: *Sapiens mulier edificat domum suam.* (Prov. 14. v. 1.) Una muger sábia edifica su casa. Sábia? Sí, en el gobierno, en la disposicion: este es el saber, esa la discrecion mayor de una muger, el buen gobierno de su casa: *Fœminarum tota philosophia est æconomica,* dixo Demostenes. (ap. Salaz. in Prov.) Y si eso sabe, mas que ni sepa latines, ni historias, ni bachillerias. Por eso aquella discreta Lacena, que cautiva le preguntaron, qué sabía hacer, respondió bien à punto: *Sé gobernar bien una casa.* (Pluth. in Cacon.) Este sí que es saber. Pero si éste falta, qué se sigue? Yá lo dixo el Espíritu Santo: *Inspiciens extructam quoque manibus destruit.* Una muger tonta, necia, y vana, que nada cuida, que nada gobierna, aun la mayor casa, perdiendose la familia, la echará toda por los suelos.

Pero al gobierno de su buen juicio se sigue lo segundo la aplicacion tambien diligente, y mañosa de sus manos. Claro está, que à una muger no se le pueden pedir las fatigas de un Azacan; pero en los ejercicios mugeriles, aunque parecen tenues, desterrando los daños del ocio, pueden hacer provechos grandes: *Mulier diligens corona est viro suo,* (Prov. c. 12. v. 4.) dice el mismo Salomón. Una muger diligente, aplicada, mañosa, es la corona de su marido, es la que aumenta todo el lustre, es la que hace como aquella celebrada Muger Fuerte, que en el adorno, yá suyo, y yá de su esposo, pueda él parecer lucido à los ojos del mundo: *Nobilis in portis vir ejus.* (Prov. 31.) Pero si en vez de amañarse hácia lo provechoso, gasta todo el tiempo en lo vano; si toda la diligencia la pone solo en gastar las mañanas enteras en su aliño: si no sabe mas que de afeytes, colores, y cintas, qué se le ha de seguir al marido? *Putredo in ossibus ejus, que confusione res dignas gerit.* Una pudricion de por vida, con una muger de día, y aun de noche, aliñada; un consumirle las

entrañas con lo que todo se vá en los afeytes, una polilla, que carcomiendo por lo interior la viga, quando menos se piensa, quiebra, cae, y falta: *Sicut in ligno vermis, sic virum disperdit mulier malefica,* leyeron los Setenta.

Mas yá de aqui se sigue lo tercero, que con el gobierno de su juicio, que con la diligencia de sus manos ha de juntar la muger el cuidado, no digo la nimia escasez, la guarda; no digo la miseria, de que no se desperdicie mal gastado, ni un medio real de lo que le cuesta las fatigas, y los sudores à su pobre marido. Ha de ser la cerca que lo defiende, el muro firme que lo guarde. Nada falte à lo necesario; pero nada permita su cuidado que se malogre al desperdicio: *Ubi non est sepes diripietur possessio, & ubi non est mulier, ingemiscit ager.* (Eccl. 36. v. 27.) Yo aseguro, que si à la correspondencia de lo que el marido busca, huviera luego en la muger este zeloso cuidado à guardar lo que él gana, menos quexas havria, y menos pérdidas. Pero si ella es la primera à los antojos, à los gastos vanos, à los usos, à las vanidades, à las galas, y à los desperdicios, cómo no se arruinarán las haciendas? cómo no gemirán los maridos? cómo no robarán para mantenerles sus pompas? cómo no harán las tyránias para que se gaste en visitas? y cómo no se los llevará el diablo à docenas, porque mugeres locas gastan à millares? (Pausan. l. 10.) Pintaban bien en la antigüedad tales maridos, y tales mugeres, con pintar à Oeno, formando à grandes fatigas una foga de esparto, que con grandísimo trabajo la iba torciendo, y detrás de él su jumentillo, que conforme él iba pasando la foga yá torcida, él se la iba comiendo. Y si es así, y así sin duda sucede, qué importan del marido las fatigas, los trabajos, quizá los robos, quizá las tyránias, si en una tarde se comen las fatigas de todo un año? Si en unos zarcillos se vá una renta, y si en una locura de una muger todo un caudal, que no hay ninguno que baste, dice San Basilio, para faciar de una muger la vanidad: *Nullus muliebri concupiscentia thesaurus sufficiens est, nec si fluminibus fluat,* (S. Bas.) aunque fuera todo un rio de dinero, no pudiera alcanzar. Y si esto hay, quexense de su locura, quexense de su vanidad, no se quexen del Matrimonio, y oigan este escarmiento.

En el Libro intitulado Scala Coeli (Spec. v. 6. vestim. exemp. 8.) refiere Fray Juan Junior, Dominicano, y lo trae el Espejo grande de exemplos, que un Religioso Sacerdote decia continuamente Misa, y hacía grandes penitencias por el alma de su madre difunta, hasta que un día, que con mas fervor, y lágrimas oraba por ella, la vió de repente delante de sí con esta espantosa vision. Vió que venia sentada sobre un fierísimo dragon, que respiraba sulfureas llamas; al un lado, y al otro dos horribles demonios, que con dos cadenas de fuego, que la apretaban, y ceñian todo el cuerpo, la traían aprisionada: de su cabeza pendientes muchas lagartijas, dos escorpiones en sus ojos, en sus orejas dos ratones, que unos, y

otros no cesaban de roer, y morder. Cayó fuera de sí el Religioso; pero la desdichada, no temas? le dixo, que soy tu maldita madre. Pues cómo le replicó el hijo, no te confesaste, y recibiste los Sacramentos? Sí, respondió, pero siendo las galas profanas un saco lleno de ira de Dios, yo desde mi juventud me di à ellas en afeytes, y aderezos, à que acompañaban mis malos pensamientos; y aunque de esto me confesaba; pero era siempre sin dolor, ni proposito de la enmienda. Así pasé, y nunca tube valor para volver à revalidar aquellas confesiones, y así estoy sin remedio condenada. Y qué figuras son esas tan horribles? le preguntó el hijo; y ella: este dragon me trae, y lleva por los torpes pensamientos que siempre tube; estas lagartillas son ahora el adorno de mis cabellos; estos dos escorpiones me hacen pagar lo torpe de mis vistas; estos ratones me repiten royendo mis lascivas conversaciones; y en fin, estos dos demonios que à mis dos lados me acompañan, el uno es por los gastos superfluos con que à tu padre, y mi marido le hice gastar, con no pocas ofensas de Dios, en mis vanas galas, y aderezos; y el otro es por las muchas mugeres, à quienes yo provoqué, y perdí con introducciones de usos, y malos exemplos. Con esto, y un estallido horrible desapareció. Oh, si sonára este estallido, y estas voces en los oídos de tantas, como haciendose el matrimonio, por su vanidad, intolerable, acarrear con él al alma cadenas, de que nunca se desaten! Oh, si sirviera este escarmiento, para que logrando las mugeres la quietud: quitadas de vanidad, y afeyte, que solo sirve à ellas de inquietud, y à todos de lazo, lograran tambien los maridos, aliviada la carga de gastos vanos en el matrimonio, la felicidad de esta vida, y en la paz, y concordia de un buen gobierno de su casa, el lógro de la eterna paz de la Gloria.



## PLATICA IX.

DEL TERCERO BIEN DEL Matrimonio, que es la fecundidad en los hijos.

A 5. de Diciembre de 1694.

QUAL es aquel bien, que à proporcion de lo que desconfuela quando falta, aflige quando se posee? Aquel bien, que mientras no se tiene, desafosiega à los deseos, y al punto que se consigue, empieza à inquietar los cuidados? Qual es un bien, que yá parece mejor quando de él se carece; y yá quando se goza, con lo mismo que atormenta crece su estimacion? Enigma parece quanto pregunto, y es realidad bien experimentada la que propongo en el tercero bien del matrimonio: *Bonum prolis,* el bien de la generacion. Un bien, que compuesto de dos contra-

riedades, no acabamos de haber cuándo son bien para los catados los hijos, pues quando faltan desconfuelan, y quando se tienen afligen: mientras no los hay, falta en el matrimonio el cabal de su regocijo; y en habiendolos, sobra en la casa el lleno de los cuidados. Pues dónde está ese bien? Difícil cuestión, que alguna vez propuso à sus Académicos Eurípides. Qué les acarrea, preguntó, à los casados mayor gusto, la esterilidad, ò la fecundidad? El tener hijos, ò el no tenerlos? Y en verdad, que entre razones, y argumentos, yá por la una, yá por la otra parte confusos, se quedó en pie la duda, sin resolverse: *Dubius equidem sum, neque judicare possum, utrum melius sit progignere liberos, aut sterili vita frui.* (Apud Tosum in *Eccl. c. 16.*) Si no los hay, es descanso, mas tambien triste soledad: si los hay, causan alegría, mas tambien profundos pensamientos de congoja. Si no los hay, ceñidos à menor esfera los cuidados, dán lugar à la vida; pero no dexan esa vida al corazon los incesantes deseos. Si los hay, divierten entretenido el amor con sus caricias; pero con sus travesuras tambien atraviesan al corazon los sustos. Quien no los tiene, vive libre de incesantes molestias; pero sin el saynete, que sazona del matrimonio las cargas. Quien los tiene, apenas vive, quando ni el sueño dexan, ni el descanso; pero con solo verlos, respiran alentados sus ahogos. Ellos, en fin, los desean los que no los tienen, y los que los tienen, dicen, que dé Dios hijos à quien los desea. Oh, qué bien dixo Tertuliano! *Amara est liberorum voluptas.* Oh, gusto amargo! oh, amargura gustosa, la que en el amor mas dulce envuelve las penas, y congojas mas amargas!

Vemos una Raquel, que cuenta con la muerte el no tener hijos: *Da mihi liberos, alioquin moriar.* (*Gen. 37. v. 2.*) Y esa misma que al tenerlos le cuesta Benjamin la vida, y por esto llamado hijo de dolor: *Filius doloris mei.* Vemos, que por Rebeca estéril clama Isaac su marido à Dios, que le dé hijos: *Deprecatusque est Isaac Dominum pro uxore sua, eo quod esset sterilis.* (*Gen. 25. v. 21.*) Y esa misma, quando yá teniendo en su vientre dos hijos, à los dolores que le causan clama arrepentida: *Si sic mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere?* (*Ibi v. 22.*) Para qué fue concebir para tanto padecer? Vemos que un Abraham, aun ofreciendole Dios toda una inmensidad de riquezas, todas le parecen nada, mientras no tienen un hijo: *Quid dabis mihi? Ego vadam absque liberis.* (*Gen. 15.*) Y ese mismo teniendo yá un hijo, aun solo con un susto le sirve de trapasar todo su corazon: *Ibi erat patris passio tota, ubi filius immolabatur.* (Zenon Veronens.) Pues en qué quedamos? Dónde está este bien de los hijos? *Bonum prolis.* Y si es bien del matrimonio, cómo no todos los matrimonios los tienen? Dos preguntas son, à que se cñe hoy nuestra Platica, y antes de responder à la primera, satisfaremos por ella à la segunda, que si no se halla tan facil, en que consiste, y está este bien, para que lo sea ha de ser Dios quien lo ha de repartir.

Quatro llaves de la naturaleza; decian los antiguos Hebréos, que reservó Dios à su propia mano, sin querer fiarlas de nadie. La primera, la llave del Cielo en las lluvias, que su Magestad es quien al Cielo le corre los cerrojos quando mas de diamante: *Qui operit cœlum nuvibus, & parat terræ pluviâ.* La segunda, la llave de las troxes, donde nos reparte las semillas para el sustento, aunque tantas manos sacrilegas le quieren quitar à su Magestad de la mano esta llave: *Aperis tu manum tuam, & implet omne animal benedictione.* (*Pf. 144.*) La tercera, la llave de la muerte, y de los sepulcros, que solo su poder podrá vencer sus fuertes armellas: *Aperiam tumulos vestros.* (*Ez. 37.*) Y la quarta? Esa es la llave de la vida, con que solo Dios es el que animando en el vientre de la madre à la criatura, le dá el ser, y de allí la saca à vivir: *In te confirmatus sum ex utero, de ventre matris meæ, tu es protector meus.* (*Pf. 70. v. 9.*) Ahora, pues, yá de aqui se sigue quando es el mayor bien la esterilidad; y quando el no tener hijos es la dicha de mayor de los matrimonios. Yo no niego que en los que no los tienen, sean muy licitos los deseos, muy justos los clamores, muy gratas à Dios las oraciones para conseguirlos. Diganlo en la Ley Antigua una Ana mas prodigiosa por madre, así del mayor prodigio de la Ley de Gracia. Pero eso será para que Dios sea quien los dé; que medicinas, bebidas, humanas diligencias; no tiene Fé quien no vé tan grandes necesidades: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt, qui edificant eam.* (*Pf.*) Y si Dios los niega, oh, juicios soberanos! Quién no os adora? Cuántas veces por bien de los padres así los niega, que con ellos quizá el amor nimio de los hijos, llenando las almas de sus padres de pecados, los havia de arrastar hasta el infierno. Diganlo tantos padres como allá están, sin mas cadenas que sus hijos. Cuántas veces por el bien de los mismos hijos, que, como à un Judas, les fuera mejor no haver nacido? Cuántas porque provee su Magestad la muerte corporal de la madre en el parto, ò del hijo la eterna muerte en el aborto? Y todas, en fin, porque los que así dexa en lo corporal estériles, sabe que en lo espiritual pueden ser para la eternidad fecundos, dexando en sus buenas obras hijos, que mejor las eternicen. Dígalo aquel tan celebrado Juan Patricio Romano, y su muger, que iguales en la virtud, como en la esterilidad, y tan saltos de hijos, como llenos de riquezas, escogiendo por su heredera à María Santísima, lo aceptó la Señora con el milagro prodigioso de la nieve, que en medio de los borchornos de la Canicula cayó una noche en todo el sitio donde se edificó la Iglesia de Santa María la Mayor en Roma, veneracion del mundo. Y pregunto yo: fueran tan célebres hoy, tuvieran tan glorioso su nombre estos dos casados, si huvieran tenido treinta hijos, en que quizá consumido su caudal al juego, y à la vanidad, huvieran aumentado el infierno?

Entretenganse, pues, con las oraciones, si-

mosnas, y buenas obras las esperanzas; que si conviene, dandoles Dios los hijos, será entonces para la felicidad mayor de su matrimonio. (Apud Marc. *lect. 2. prop. 1.*) Caso admirable el que en Roma, en el Templo del Salvador, en el laurél se halla gravado en una grande lápida. En el año de mil quatrocientos y setenta y quatro, Juan de Mates, y Catharina Calagnira, Barcelonenses, habiendo pasado ocho años de su matrimonio sin tener hijos, con deseo de conseguirlos hicieron voto, y lo cumplieron, de decir una Misa en honra de los doce Apostoles, con doce cirios encendidos, y gravado en cada cirio el nombre de cada Apostol. Oyeronles estos Soberanos Principes sus ruegos, y seguidamente de uno en otro año tuvieron estos dos casados doce hijos, ocho varones, y quatro hembras, y à cada uno le fueron poniendo por orden el nombre de cada uno de los Apostoles. Y aunque vivieron despues muchos años, no volvieron à tener mas hijos. Muertos los padres, cada uno de los hijos fueron muriendo cerca de la fiesta del Apostol, que à cada uno le tocaba; y el último de ellos, que se llamaba Pedro, fue quien (para eterna memoria) hizo gravar este prodigio en aquella piedra.

Y yá de aqui se sigue claro el conocer, cuándo es bien del matrimonio el tener hijos. No se mira este bien tan à lo material del gusto, tan à lo ratero de las mundanas conveniencias, tan à lo caduco de temporales sucesiones. Llámase bien, y lo es, quando es bien para la República, quando es bien para los decorosos lustres de la Iglesia, quando es bien para el aumento feliz de los hijos de Dios, y quando aumentandose con ellos el número de los Fieles, son tambien para llenar el número de los Bienaventurados. Siendo así, oh, qué gran bien del matrimonio! oh, qué dicha de los casados! oh, qué felicidad de las casas! *Gloria patris est filius sapiens.* (*Prov. 10.*) Un hijo, que à fatigas de sus padres mantenido, que à diligencias de la buena educacion enseñado, llega à ser en la Iglesia de Dios una lumbrera de sabiduría; dónde hay corazon en un padre, que así vé? dónde puede caber tanto gozo? tanto regocijo? De Diagoras Rhodio refiere Gellio, (*Gel. 1. 3. c. 15.*) que habiendo tres hijos suyos ganado todos tres la Corona en los Certámenes Olympicos, al ir todos tres humildes à ponerle à su viejo padre sus Coronas, él de regocijo cayó muerto, no cabiendole en el corazon tanto gozo. Un hijo, que à cuidados de la atencion, y à exemplos de la virtud de sus buenos padres llega à ser el exemplo de la República, el asombro de la Christiandad, y la honra de la Iglesia en los Altares, qual será de sus padres con tal hijo la gloria? *Exultat gaudio pater justus.* (*Prov. 13.*) Un hijo en fin, que, ò yá à esfuerzos del valor, ò yá à fatigas del estudio, logra en su República los primeros puestos, ò yá (lo que es mas cierto) à primeros de la virtud, consigue con Dios los primeros honores, qué honra, qué aclamaciones, qué alabanzas no deriva en sus dichosos padres, que

à su buena crianza logran tales premios? *Qui docet filium suum, laudabitur in illo, & in medio domesticorum in illo gloriabitur.* (*Eccl. c. 30.*) Y así lo vé, si así lo celebra, si así lo admira con tantas razones el mundo, ese es el bien grande del matrimonio en los hijos: *Bonum prolis.* Nada importan sus molestias, sus cargas, sus cuidados, si por ellos se llegan à conseguir tales premios. Quando San Francisco Xavier estudiaba mancebo en París, molestado su padre, dió à entender en una carta à una Santa Monja en Granada, los muchos gastos que le causaba; y respondióle la discreta Sibila, que no dexáse de fomentarlo, porque se prevenia en él un grande hombre en la Iglesia. Y quán grande, yá lo vé el mundo, y en él quanta honra à su casa, y à sus padres, y quanta gloria.

Siendo, pues, así los hijos, ese es el bien del matrimonio; pero si así no son (oh, Dios!) esa es su mayor desventura. Una casa llena de mancebos inútiles, perdidos, vanos, y holgazanes, que importa que sean muchos, si su número sirve solo de arruinar mas presto la casa, de borrar con unas manchas la honra, y de perder por mas manos el alma? *Ne jucunderis in filiis impiis, si multiplicentur, dice el mismo Espiritu Santo, neque oblecteris super ipsos, si non est timor Dei in illis.* (*Eccl. 16. v. 1.*) Si no temen à Dios, qué importa que por muchos parezca, que en ello se alarga la vida, se continúa la sucesion, si con su vida se dilata la deshonor, si con su sucesion se continúa de los padres la mayor infamia? *Non credas vitæ illorum.* Un hijo solo, que tema à Dios, que le sirva, y que así se ajuste tambien à los honrados términos de su obligacion, eso solo vale mas que mil hijos azotacalles, y jugadores, escandalosos, y perdidos: *Melior est enim unus timens Deum, quam mille filii impii.* Y mejor es, en fin, no tener hijo ninguno, que dexar en malos hijos execrable, y maldita la posteridad, y la memoria: *Et utile est mori sine filiis, quam relinquere filios impios.* Ah, padres! ah, madres! estremecead à tales rayos, fulminados por boca de Dios: y el linage es el que ya en nuestra lengua se llama casa, es para mostrar, que no consiste el hacer una buena casa en lo material de las piedras, sino en instruir bien los hijos en el temor de Dios, y la virtud.

Ello en fin, si à muchos casados les niega Dios los hijos por premio de sus virtudes, à muchos se los quita por castigo de sus pecados. Havian dos casados hurtado secretamente un buey, y al mismo tiempo, mordiendo un perro rabioso à un hijo suyo, empezó el muchacho à rabiarse; eran grandes sus clamores, y gritos. (*Speculum, v. Filium*) Llevaronlo al Abad Ammon, pidiendole que le pusiera las manos. Qué me pedís à mí, que soy un gran pecador? respondiò el Santo: Solo una cosa os puedo decir, y es, que vosotros sois los que teneis en vuestra mano el darle salud. Nosotros? cómo? Yo os lo diré: Volvedle à aquella viuda el buey que le haveis hurtado, y al punto

fanará vuestro hijo. Quedaron atónitos al vér que el varon de Dios sabía lo que ellos tenían tan secreto. Pero volviendo à su casa, restituyeron el buey, y sanó al instante, y quedó del todo libre su hijo: ¿A cuántos quizá por semejantes bueyes se los niega Dios? A cuántos quizá por eso se los quita? Así se lo respondió San Chrystostomo à otros dos casados, que llorosos le rogaban les alcanzase de Dios, que se les lograse un hijo, que la muger tenia en su vientre, porque yá se les havian malogrado otros quatro. (D. Chrystostom. Sur. in Vit. 21. Januar.) Dixoles el Santo: Si vosotros cesáreis del todo en las culpas, yo os aseguro, que os concederá Dios este hijo, pues por las culpas os ha quitado los otros quatro. Así lo prometieron ellos con veras arrependidos, y así tambien se les cumplió del Santo la promesa. Concluimos, pues, que el ser, ò no ser bien del matrimonio los hijos, no se mide, ni por deseos, ni por cuidados temporales, se atienden por logros, y provechos de buena educacion en las virtudes; y si con esto se crian: *Filii tui sicut novella olivarum in circuitu mensa tua, (Ps. 127.)* serán como pimpollos de olivas, que coronan de gloria à sus padres: *Ecce sic benedicetur homo, qui timet Dominum.* Así echará Dios sus bendiciones sobre los buenos casados, así gozarán por toda su vida en los buenos hijos todos los bienes: *Et videas bona Hierusalem omnibus diebus vita tua.* Y así, despues de su vida, y de gozar en ella la larga posteridad: *Et videas filios filiorum tuorum pacem super Israel,* irán à gozar los bienes mas colmados en la eterna paz de la Gloria.



PLATICA X.

DE LA BUENA CRIANZA, y educacion de los hijos, que coronan los bienes del Matrimonio.

A 12. de Diciembre de 1694.

Asóse à ser embarazo del corazon, lo que antes fue inquieta fatiga del mas ambicioso deseo. Llegó à sujetar Alexandro su tan deseado mundo, y no cabiendole yá en las manos, lo que aun no le llenaba las ansias, el que antes havia hecho tanto por dominar al mundo, despues de conseguido, yá no sabía que hacerse con el mundo. Oyólo así referir Augusto Cesar, y riendose con razon de tanta necedad: No sabía Alexandro, dixo, que la mayor gloria de un Príncipe no está en el mucho adquirir, sino en bien administrar: no en dilatar el dominio, sino en manejar con aciertos el gobierno. ¿Que de qué servirá adquirir solo para perder, y ganar lo que en vez de aumen-

to sirva de ahogo, y de ruina; despues de haver servido de embarazo? Consegue, pues, un padre en un hijo un mundo menor, que es un hombre; pero mayor en el precio, en la estimacion, en el valor, que todo el que ganó Alexandro. Mas no está su mayor gloria, ni de su matrimonio el mas feliz complemento, solo en haver conseguido ese hijo, que si de pequeño mundo nõ sabe dirigir en la buena enseñanza el mejor gobierno, no será sino una pesadumbre intolerable, que despues de oprimir sus hombros de cuidados, y de deshonras, lleve al profundo su alma con escándalos, y con culpas. Es cada hijo, que Dios les dá à los casados, dice San Chrystostomo, un depósito riquísimo, è inestimable, que su Magestad les entrega, y à ese paso debe ser el cuidado, en que para guardarlo los ponga. Que si de ese depósito han de dar cuenta quando Dios se lo pida, ¿qué cuenta será la de un alma, que vale mas que todos los millones, si por su descuido se pierde? *Magnum habemus, pretiosumque depositum, scilicet filium, ingenti illum servemus cura.* (Chrystostom. Hom. 9. in 1. ad Timoth.)

A esto, pues, viene à parar toda la fábrica hermosa, toda la máquina sagrada del grande Sacramento del Matrimonio, y en él todos los cuidados de dos almas por toda una vida, destinado todo de Dios, no solo à la propagacion material de los linages, no solo à la multiplicacion corporal de los hijos, (que para esto, sin tan sagrada liga, vemos que se multiplican por los campos las bestias, vemos que se continúan por los montes las generaciones de brutos) sino lo principal à la buena crianza de los hijos. Por eso tan inseparablemente unidos los padres, para que así atiendan, cuiden, se desvelen en esa buena educacion para el logro de sus almas, para el comun provecho de las Repúblicas, y para el lustre hermoso de la Iglesia. Y si esto con los hijos no se consigue, perdido el fin, cómo quedan de toda una vida las fatigas, y los afanes todos malogrados? Esto, pues, es lo que hay que atender en la prole, dice S. Agustín: *In prole, ut amanter suscipiatur, benignè nutriatur, religiosè educetur.* (D. Aug. l. 9. de Gener. ad litt. c. 7.) Empiezan desde el punto mismo que de Dios se recibe este depósito, à par de su valor los cuidados. En el vientre de la madre, toda una atencion amorosa: *Amanter suscipiatur.* Desde el punto que sale del vientre la criatura, una crianza tan solícita como benigna: *Benignè nutriatur.* Y salida yá de las infantiles ignorancias à la razon, una educacion, que abrazando las leyes todas de lo político, prefiere en las virtudes los mas soberanos dogmas, y preceptos de lo Christiano: *Religosè educetur.* Mucha materia para tan breve rato, la que pedia, segun vemos en los padres usual el descuido, y à ese paso en los hijos repetidos los desordenes, continuos tambien los clamores de los Predicadores, y los avisos. Como à atajar la fuente misma, y el manantial, de donde brota

tan à toda la República sus daños, à toda la Christianidad sus escándalos, à innumerables casos sus ruinas, y à millares de almas sus condenaciones: en vano claman los Predicadores, en vano los Confesores exortan, en vano los Curas se fatigan, en vano los Prelados zelan, mientras cada padre, y madre en su casa ván criando en cada hijo libre, y mal educado, un enemigo de Dios, un destruidor de la Religion, un escandaloso mas para lo público, y un condenado mas para el Infierno. Fueran los padres cada uno en su casa el que debe, criara cada uno à sus hijos, è hijas como Dios manda; y qual (considerarlo) estaría nuestra República? Quáles los exemplos? cuáles los tratos? cuáles las virtudes? Mas dónde voy, que me divierto.

El punto primero de la animacion de la criatura en el vientre, siendo punto, y desde donde empiezan à correr las lineas de una eternidad: ¡Oh, si como Christiana lo considerara una madre! Desde ahí, siendo à la criatura mayor, y mas por instantes los peligros, le deben empezar à la madre mas atentos tambien por instantes sus cuidados. Desde el punto que reconoce el depósito, que Dios puso en su vientre; no es negocio este tan para despreciado como se suele con los chiqueos, y con los melindres. Vá no pocas veces en una accion que parece ligera, en un leve descuido, no menos que la eterna condenacion de una alma; y que sea la misma madre la que al hijo de sus entrañas se lo ocasione, pone horror, y grima el pensarlo. ¿Qué dixeris de la que, acabando de dar à luz una criatura hermosa, sin permitir, ni que lograra el Bautismo, ella tomando un cuchillo la despedazara en menuzos, y se la comiera? Qué bestia es esta, dixeris, tan agena de razon, y de entendimiento? Pues no hace menos la que, teniendola en su vientre, ò le procura con bebidas, y medicinas sacrelegas, ò le causa con descuidos, no inadvertidos, el aborto? *Homicidii festinatio est prohibere nasci,* decia bien Tertuliano. (Tertul. in Apolog. cap. 3.) Es, pues, menester advertir, que es gravísimo pecado mortal en la madre, que se reconoce en cinta, qualquiera accion, por muy ligera que parezca, si de ella, ò tiene experiencia, ò noticia que se puede seguir el aborto. En el comer, en el andar, en el vestir, en los movimientos, en las acciones. ¡Oh, que pende de un instante la eternidad de una malograda salvacion! Eso es hácia lo corporal del cuidado. ¿Y hácia Dios? ¡Oh, cuáles deben ser de la preñada las oraciones, y los clamores, pidiendole que lo asegure! *In te confirmatus sum ex utero.* (Psal. 70. v. 6.) decia David. Quales à la Santísima Virgen, y al Angel de su Guarda los ruegos, y à los Sacerdotes el recurso, para que con su bendicion, y con las palabras del Santo Evangelio, alcanzando à la criatura la proteccion, configan tambien su buen logro. En la Villa de San Estevan Martyr se refiere; que estando de él preñada su madre, al entrar en la Iglesia San German, Patriarca de Jerusalén, la buena muger, em-

barazada de la muchedumbre, se subió sobre un banco, y desde allí le gritó: *Benedic, Domine, quod in utero meo est.* Echa, tu bendicion, Señor, al hijo que tengo en mi vientre. Y vuelto el Santo Prelado à mirarla, viendo con los ojos del espíritu el admirable Martyr, que allí se prevenia à la Iglesia, echando la bendicion, dixo: Bendiga Dios ese niño por la intercesion de su primer Martyr Estevan. Y al decir estas palabras, vió la madre que le salian de la boca al Prelado llamas de fuego. El niño nació, pusieronle por nombre Estevan, y fue despues prodigioso Martyr en la Iglesia. (Apud Marcanc. tr. 8. lec. prop. 2.) ¿Y qué sabe cada una que así está, lo que Dios previene en la criatura que tiene en su vientre? Qué sabe si tiene en ella un tesoro inexplicable de santidad, como la tuvieron tantas madres dichosas?

Mas yá nacida la criatura, no cesan todavia, antes se deben doblar los cuidados: *Benignè nutriatur.* No solo en lo principalísimo, de que quanto antes reciba las aguas sacrosantas de el Bautismo, no solo en que al descuido, ò de la madre, ò de el ama, por ponerlo en una misma cama dó ahogue dormida à la criatura, descuido tan enorme, que yá alguna vez dixe como contra él fulminaban gravísimas penas los Sagrados Cánones. No solo en que se atiende à las buenas costumbres del alma, que de ellas se sigue no pocas veces mamarlas la criatura en la leche. Y de Alexandro Magno el negro borrón de su embriaguez, que hasta ahora lo mancha en la historia, dicen que vino del vino que bebia con desorden la que le dió de mamar. Y de Santa Cathalina de Suecia, Virgen purísima, se refiere, que jamás quiso tomar el pecho de muger deshonesto. (Apud Leblanc. in Ps. 70. v. 7. num. 30.) Mas tambien toca muy principalmente à la madre el traer al Templo, y ofrecer en él à Dios con toda el alma su criatura. ¡Oh, lo que esta accion de madres ha logrado de hijos santísimos, que pudiera referir admirables, y dichosos sucesos de este ofrecer à Dios con veras de un corazon devoto las criaturas. Mas llegadas yá al tiempo de los gorgéos, y al empezar yá à balbutir de sus tiernos labios las palabrillas mal formadas, oh, lo que aqui logra de una buena madre la piedad, y la discrecion, haciendo que sean las primeras voces del niño *Jesus, y Maria,* que sean sus primeras verdaderas gracias decir sus alabanzas. Si acá nos holgamos tanto, y lo celebramos al oírlo, ¿cómo aplaudirán los Angeles al oír tales voces de un alma toda en gracia? ¡Oh, cuánto en estos años puede ir instilando la madre, de piedad, y de provecho en aquella tiernecita planta! *Mulier,* dice San Pablo (qué graves palabras!) *mulier salvabitur per filiorum generationem.* (1. ad Tim. cap. 2. v. 15.) La muger se salvará por la generacion de los hijos: por su buena, y santa crianza, quiere decir. Los desvelos, las molestias, los achaques que la criatura le causa, si todos à Dios, con su criatura, los encamina; si la solícitud, con que de dia, y de noche la